



ucas y el arte de detenerse

Sara Sofia Reyes Méndez ⁶

Lucas nació en Bogotá en 1971, pero podría haber nacido en cualquier ciudad, en cualquier lugar donde alguien eligió estudiar arte sin tener muy claro el motivo, sin saber muy bien por qué. Hoy es docente universitario, creador de cursos como Arte y Cine, y durante más de diez años ha guiado a cientos de estudiantes en sus inicios, en sus primeros pasos en el mundo del arte.

Pero Lucas no enseña como un profesor común. Habla bajito, como si cada palabra mereciera un espacio, un lugar para estar. No corre, no presume. Dice cosas como: "Estar en la universidad es tener el lujo de parar". No se queja, no, más bien agradece. Porque parar no es quedarse quieto, no es quedarse estático, es mirar alrededor, reflexionar. Cuestionarse: ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué estoy aprendiendo? ¿Quién quiero ser?

Su manera de estar en el aula se centra más en acompañar que en imponer. En sus clases los estudiantes escriben textos en primera persona, hacen películas de un minuto y reflexionan más allá de sacar una buena nota. Él bromea diciendo que sus criterios de calificación son: "tres por existir, cuatro por asistir, cinco por insistir". A algunas personas les parece que no es suficiente, pero él insiste: "Llegar a la universidad ya es un

un mérito, lo demás lo vamos viendo". Le interesa el proceso, no la perfección.

Lucas enseña a ver lo que casi nadie mira: las pausas, las dudas, los errores. Recuerda que antes de ser profesores, muchos fueron estudiantes confundidos, inseguros. Por eso en sus clases habla de las fotos viejas de quienes, como él, un día dijeron: "Quiero estudiar arte", sin saber del todo por qué. Aunque algunos de ellos se alejaron del arte, y otros ya no están, todos de alguna manera dejaron algo, algo atrás, todos aportaron algo.

No idealiza nada. Sabe que a veces se estudia arte para desaparecer un poco, para escapar, para cambiar de piel y transformarse. Y ese impulso, aunque no sea del todo claro, también es una muestra de valentía. Porque detenerse, mirar, hacerse preguntas... ya es un comienzo. Para Lucas, una pregunta sincera vale más que una obra perfecta. "Hay entregas de arte que son excusas para conversar", dice en medio de una clase. Y entonces comienza el verdadero ejercicio: ver más allá de la pieza, leer los gestos, el tono, las incomodidades, lo que no se dice.

Cuando llega el momento de la crítica, Lucas no adopta el rol de juez. No está ahí para calificar con lupa ni para señalar lo que está bien o mal, como si fuera una fórmula. En lugar de eso, observa con atención cualquier señal: un tartamudeo, una mirada inesperada, una rabia contenida. A veces los estudiantes tratan de adelantarse y presentan trabajos que parecen vitrinas: impecables por fuera, vacíos por dentro. Pero él los desarma con suavidad, los mira y pregunta: "¿Y esto qué tiene que ver contigo?" No es terapia, sino honestidad. Porque si el arte no sirve para decir lo que no cabe en ningún otro lugar... entonces, ¿para qué sirve?

A veces Lucas se queda callado más tiempo del que uno espera. No es distracción. Es una forma de escucha, una espera. Como si supiera que muchas veces las respuestas más sinceras no salen enseguida, que a veces las palabras necesitan demorarse, tropezar un poco antes de decir lo que realmente quieren decir.

⁶ Estudiante del programa de Comunicación Social-Periodismo e integrante del semillero en Comunicación y Comunidad Digital (COMUDI) de la Universidad del Tolima.



«El arte es lo que hace que la vida sea más interesante que el arte» —Robert Filliou

Y en esas pausas también enseña. Enseña que no hay prisa, que el pensamiento no siempre viene en línea recta, que la vida (como el arte) a veces se construye en espiral, en rodeos, en dudas.

A veces sus estudiantes no saben qué pensar de él al principio. No impone autoridad, no exige obediencia. Al contrario, su presencia confunde un poco. Como cuando en vez de dar una clase tradicional, comienza hablando de un sueño, de una película vieja, o de una imagen que le rondó en la cabeza toda la semana. No es una estrategia para impresionar. Es simplemente él, conectando con lo que está vivo en ese momento. Y esa forma tan poco predecible de estar en el aula abre un espacio distinto. Un espacio donde caben la fragilidad, la intuición, el error.

“Hay gente que piensa que enseñar arte es enseñar técnica”, dijo una vez, con media sonrisa. “Y sí, claro, también hay que enseñar técnica. Pero el arte empieza cuando uno se queda sin instrucciones”. Por eso no le interesa que sus estudiantes produzcan obras perfectas. Le interesa que busquen, que se desorienten, que se permitan no saber. Porque el no saber también es riqueza. También tiene la capacidad de incomodar, y de transforma.

Muchos de sus alumnos recuerdan una clase en particular. Una en la que Lucas les pidió que trajeran una foto de su infancia y la contaran como si fuera una obra de arte. La idea no era buscar simbolismos ni inventar interpretaciones. Era mirar con atención. Reconocer un gesto, una sombra, una herida vieja. Algunos se rieron, otros se quebraron un poco. Y en ese ejercicio sencillo, que muchos considerarán “tierno”, ocurrió algo poderoso: el arte se volvió íntimo, cercano, respirable.

Lucas dice que el arte no solo está en los museos, las galerías o los talleres, que a veces está en una carta que nunca se envió, en una canción que nos avergüenza cantar, en una forma de mirar a alguien que ya no está. Dice que el arte puede ser una forma de cuidar. De cuidar el recuerdo, de cuidar la rabia, de cuidar incluso el dolor. “Porque el dolor también se cuida”, dice con voz baja, “No para que crezca, sino para que no se pudra” dentro de nosotros.

Cuando habla con sus estudiantes fuera del aula, lo hace como quien conversa en un andén, no hay distancia ni jerarquía. Se interesa por las vidas de los otros, por lo que ocurre más allá de la clase, les pregunta por sus familias, por su tiempo libre, por lo que hacen cuando no están produciendo. Y en ese gesto cotidiano hay una pedagogía silenciosa: les recuerda que no son sólo artistas, que son personas, que el arte no debería exigirles convertirse en otra cosa, sino más bien permitirles ser plenamente quienes ya son.

Lucas no romantiza la vida del artista. No vende la idea del genio solitario ni del éxito inmediato. Al contrario, suele advertir sobre lo difícil que es sostener un deseo creativo en un mundo que premia la velocidad, la competencia, la utilidad. Por eso les dice que no se apresuren, que no se comparan, que no todo tiene que resolverse en el pregrado. “Uno no hace arte para complacer a un público imaginario”, repite, “Uno hace arte para no dejarse secar por dentro”.

En una de sus clases, Lucas propuso otro ejercicio que nadie olvidó: salir con una grabadora al barrio y registrar sonidos. No una historia, no una entrevista, solo sonidos, “Escuchen la calle”, dijo, “Escuchen sin

querer entender". Algunos captaron ladridos, voces cruzadas, pasos que se pierden, la lluvia que cae sobre una teja. Luego, al volver al aula, no pidió que interpretaran nada, solo que compartieran lo que habían oído.

Fue extraño al principio, pero luego, uno a uno, comenzaron a hablar de lo que sintieron al grabar, de lo que no habían notado antes, de cómo escuchar también puede ser un acto de creación. "El arte no siempre se ve, aseguró Lucas, a veces solo se escucha, a veces solo se intuye". Y ahí, en ese gesto de afinar el oído, de afinarse con el mundo, sus estudiantes entendieron que crear no siempre es intervenir. A veces es registrar, guardar, retener algo que pasaría desapercibido si nadie lo mirara con cuidado.

5

Hay días en los que entra al aula con una caja de cartón llena de recortes, postales viejas, cintas, objetos sin nombre y dice: "Hoy vamos a hacer collages", algunos se sorprenden, esperaban teoría, pero ahí entre papeles sueltos, surge otra cosa: el juego, la desobediencia, el azar. Y entonces aparece esa sonrisa suya, entre cómplice y melancólica, como si supiera que en medio de esa actividad, aparentemente inocente, algo muy serio está ocurriendo: alguien está dejando de tener miedo.

No todo es ligero, también hay momentos de confrontación. Momentos en los que Lucas invita a revisar las propias trampas, las propias poses "¿Qué estás diciendo con esto? ¿Qué no estás diciendo?" Pregunta, pero nunca lo hace desde el juicio, sino desde una curiosidad profunda. Como quien dice: muéstrame tu herida, no para señalarla, sino para entenderla. Y ahí está su arte: en acompañar sin invadir, en provocar sin herir, en invitar sin imponer.

Lucas da clases en la universidad, pero si uno le pregunta por su trabajo no empieza por nombrar títulos ni cargos. Prefiere hablar de los lugares donde aprendió más: como cuando trabajó en procesos comunitarios con niños de barrios populares. Allí no se trataba de calificar, sino de escuchar, de estar. "En esas experiencias uno aprende a no ir con respuestas, sino con preguntas", dice. Fue allí, donde entendió que educar es generar un espacio donde algo pueda suceder.

Referencias bibliográficas

Ospina, L. (2024, de 7 al 10 de octubre). ¿De qué vive un artista? [conferencial]. VI Encuentro Nacional de Estudiantes de Artes (ENEA) 2024, Ibagué, Colombia.

